

PAPIRO

Día 1
7 de junio de 1921

Hallazgo

Valle de los Reyes - Egipto.

La luz ardía en su rostro sin piedad. Solo, bajo el sol implacable del Sahara, Nafir cayó de bruces sobre la arena abrasadora, preguntándose si moriría antes de encontrar la tumba de Amenhotep I, segundo faraón de la dinastía XVIII de Egipto.

No podía más, pero detenerse no era una opción: su vida dependía de seguir adelante. Aturdido, hundió las manos en la arena sin importarle el dolor que le causaban las llagas en su piel. Le urgía continuar a pesar del calor.

Después de levantarse y dar algunos pasos, se detuvo exhausto. Tomó su pañuelo de lino para secarse el rostro, pero antes suspiró profundamente: en la distancia, un oasis parecía darle la bienvenida, invitándolo a descansar bajo la sombra de las palmeras. Sin embargo, ni siquiera el polvo que sus pies levantaban al arrastrarse por la arena lo protegía del sol. Los rayos lo quemaban, pero limpió los prismáticos y enfocó a los excavadores que picaban roca en las faldas de una montaña. Su cima, con forma de pirámide, se alzaba hacia el cielo, ajena al sufrimiento de Nafir, como un guardián eterno de los secretos del pasado.

Maldijo su suerte y dio otro paso, aferrándose al espejismo que lo invitaba a descansar. Pero en su mente solo veía aquello que había dejado atrás: el paraíso de sus vacaciones en las playas de México, donde los atardeceres teñían el cielo mientras su hijo corría por la arena. Recordó el sonido de su risa, el sol reflejado en las olas, y aquellas frágiles huellas que desaparecían con la marea.

Una lágrima resbaló por sus enrojecidas mejillas. El espejismo se desvaneció ante sus ojos, devolviéndolo a la cruda realidad. Frustrado, pensó: "Hasta las palmeras son diferentes aquí", mientras en su mente su hijo lo animaba, retándolo a seguir adelante.

Lentamente, continuó su marcha, pero a medida que las horas pasaban y el sol comenzaba a ocultarse, Nafir sentía que la esperanza de encontrar la tumba se desvanecía. Ya sin ánimo, sacó su ánfora y bebió el último trago de agua. Desconcertado, tomó su brújula y la calibró sobre el mapa arrugado, buscando el rumbo con desesperación.

Le quedaba un único lugar por explorar en el Valle de los Reyes, la antigua necrópolis de los faraones, donde otras expediciones competían con la suya por ser la primera en desenterrar el ansiado papiro Sermy que, según las leyendas, contenía secretos sobre la conexión entre los dioses y los hombres, el puente perdido hacia lo divino. Finalmente, cuando las sombras se apoderaban del Sahara, alcanzó a sus compañeros al pie del túmulo recién descubierto.

Antes de abrazarlos, un escalofrío le recorrió la espalda; sintió que la tierra vibraba, como si algo antiguo y poderoso despertara bajo sus pies. Nafir no sabía si la emoción lo embargaba o si era el miedo, oscuro e inexplicable, que comenzaba a adueñarse de su alma.

Había sobrevivido al desierto, pero el verdadero desafío apenas comenzaba. Allí, bajo la arena que tanto lo había castigado, se ocultaba la promesa de un hallazgo que podría cambiarlo todo, o destruirlo por completo.

Nadie había encontrado la famosa tumba, algunos dudaban de su existencia. ¿Por qué él? ¿Era su destino o solo otro espejismo?

Tumba

Sin perder tiempo, Nafir se dirigió hacia el túmulo. Sus ojos, cargados de ansiedad, escrutaban el horizonte. Cada sombra parecía una posible señal, cada silueta una promesa. La presión del fracaso pesaba sobre sus hombros, pero su determinación lo empujaba a seguir adelante.

Un profundo silencio los envolvió a todos hasta que un ruido interrumpió la quietud. Nafir giró asombrado al escuchar que una losa desgastada por el tiempo se resquebrajaba. Pese a la penumbra, sus ojos se ajustaron rápidamente y divisó, al otro lado del montículo de tierra, lo que parecía ser la entrada de una tumba, oculta tras enormes losas.

Llamó a Abdul, el jefe de excavadores, quien, con esfuerzo, logró mover ligeramente una de ellas, creando una pequeña abertura para observar el interior.

—¿Qué ves? —preguntó Nafir, con voz cargada de tensión y esperanza.

—Hay... hay vasijas, doctor, y otros objetos. No sé qué son... —balbuceó Abdul, con voz temblorosa.

Intrigado, Nafir se tumbó en el suelo y, ajustando su posición, pudo ver un pasadizo lleno de rocas que esbozaban muy al fondo la silueta de una capilla de ofrendas. Una vez convencido de que estaba ante una tumba, se levantó con esfuerzo y marcó con lápiz la ubicación en su mapa.

El sudor seguía perlado su frente pero, aunque la alegría del hallazgo lo invadía, no sonrió. Los fracasos acumulados le pesaban más que su regocijo. Su pierna, debilitada y a veces traicionera, amenazaba con ceder bajo su peso, impidiéndole mantenerse firme. Sin embargo, la urgencia por descubrir la tumba del faraón lo impulsaba a seguir adelante, pese a su cuerpo debilitado, intoxicado por el contacto con un sarcófago milenario al inicio de la expedición que lideraba.

Tras dos meses de búsqueda intensa, a Nafir Taruf le urgía entregar resultados a sus patrocinadores, los llamados racionalistas de Viena, quienes financiaban la expedición en busca de artefactos que pudieran desafiar las convenciones históricas y religiosas. La exploración del Valle de los Reyes se había convertido en una carrera contrarreloj, no solo por la presión de sus benefactores, sino también porque su vida estaba en juego, amenazada por un insidioso veneno que lo estaba matando lentamente. Si no encontraba el antídoto antes de un mes, desfallecería.

Abrigaba la esperanza de que en la tumba recién descubierta estuviera el papiro que Semy, el escriba real, habría utilizado para anotar la fórmula del veneno aplicado en los ataúdes de los faraones para ahuyentar a los saqueadores. Debía encontrarlo y descifrar sus jeroglíficos antes de que la expedición de la Iglesia llegara primero. Se especulaba que contenía información que reinterpretaría los dogmas establecidos, por lo que era crucial impedir que cayera en manos de quienes lo destruirían para silenciar su contenido.

—Doctor... ¿entro a buscarlo? —preguntó Abdul con un tono cauteloso, mientras miraba la entrada oscura.

—Sí, pero ten cuidado con los jeroglíficos —dijo Nafir, con la voz firme pero quebrada—. Si los dañamos... estoy perdido.

Abdul tragó saliva, lanzando una última mirada nerviosa hacia la entrada oscura. — Entendido, doctor, pero... esto da escalofríos. Como si algo nos estuviera observando desde adentro.

Mientras Abdul rompía la losa y removía algunos pedazos de piedra para adentrarse con dificultad a la tumba, Nafir buscó su pequeña libreta en la que anotaba sus hallazgos. Se quitó los lentes, frotó sus párpados cansados y escribió:

“Estoy a un paso de encontrar el papiro, pero si vuelvo a fallar o no me da tiempo de preparar el antídoto, lo más seguro es que muera. Si así fuera, quiero que sepas que siempre fuiste mi mayor orgullo y mi razón para seguir adelante. Te dejo este testimonio de lo que más valoro en la vida. Nunca dejes de buscar la verdad, hijo mío”.

Después de un rato que le pareció una eternidad, Nafir oyó que Abdul murmuraba desde el interior de la tumba:

—He... descubierto... algo... fascinante —dijo tembloroso y emocionado.

—¿Qué es? —preguntó Nafir, alegrándose con la buena nueva.

—Son decenas de fragmentos amarillentos, empolvados y casi desintegrados por el tiempo —aclaró Abdul.

—¿Es el papiro? ¡tiene que serlo! —inquirió Nafir, impaciente por saber si por fin lo tenía.

Abdul, sosteniendo dos fragmentos que se deshacían en sus manos, emergió lentamente de la tumba y, con una mezcla de emoción y cautela, respondió:

—Parece serlo, Doctor. Pero hay muchos más, necesitaremos sacarlos y analizarlos. Solo así sabremos si es lo que buscamos. Esto será más difícil que armar un rompecabezas.

Nafir asintió, su corazón latía con una mezcla de esperanza y miedo. Había recorrido un largo camino para llegar hasta aquí, y ahora que estaba en la entrada, temía que todo fuera un fiasco. Pero no tenía tiempo ni para dudar.

—Tómalo con extremo cuidado y llévalo al campamento. ¡Rápido! Cada segundo cuenta.

Abdul y su equipo comenzaron la meticulosa tarea de recolectar fragmentos del precioso papiro, mientras Nafir observaba desde un lado, mordiendo su labio inferior, intentando controlar su impaciencia y ansiedad. En su mente, repasaba todo lo que había leído sobre los antiguos egipcios y sus jeroglíficos, preparándose para el desafío de descifrar la fórmula del antídoto que podría salvarlo.

Mientras las horas pasaban, el campamento se llenó de un silencio tenso, roto solo por el ocasional susurro de instrucciones o el crujido de la arena bajo los pies. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Abdul se acercó a Nafir con un puñado de fragmentos cuidadosamente colocados entre dos láminas de cristal.

—Hemos recogido todo lo que pudimos, Dr. Taruf. Ahora es su turno...

Nafir asintió, tomando con cuidado el precioso hallazgo. Miró hacia el vasto cielo del desierto, donde las primeras estrellas empezaban a mostrarse, y suspiró.

—Gracias, Abdul. Debemos trabajar rápido para restaurar y descifrar este papiro. Mi vida, y quizá el destino religioso del mundo, dependen de ello.

Senet

Nafir colocó nerviosamente los fragmentos en la improvisada mesa de trabajo. Encendió unas velas para amplificar la débil luz del crepúsculo que aún se filtraba desde el exterior y, concentrado, utilizando una copia del "Diccionario de Jeroglíficos Egipcios" de Sir Wallis Budge que siempre llevaba consigo, comenzó a descifrarlos.

Tomó el primer fragmento, apenas del tamaño de una palma y tan frágil que se deshacía con solo mirarlo. Los bordes dañados hablaban de siglos de olvido. Con paciencia, registraba en su cuaderno de trabajo cada símbolo que lograba identificar, cada palabra que podía interpretar. Era un proceso lento, meticuloso e incompleto: cada jeroglífico debía ser estudiado, comparado y luego traducido.

«perder...Sermy... papiro... juego... muerte... Yo... Senet... hierbas... pecado... mío... curar...»

Apenas llevaba registrado lo anterior cuando un estruendo ensordecedor resonó en la tumba.

—¡Plum!

El suelo tembló, y una nube de polvo invadió la sala. Nafir instintivamente se cubrió el rostro con los brazos, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que pequeñas piedras lo golpearan. Sintió un ardor en la mejilla; al pasar los dedos, vio la sangre. —¡No! —gritó, corriendo hacia la entrada obstruida. —¿Qué pasó?

Abdul tosió mientras se sacudía el polvo de la camisa y se acercaba.

—No sé, doctor —murmuró Abdul, visiblemente incómodo. —Mi abuela solía decir que los dioses protegen a los muertos con conjuros. Tal vez no debimos abrir la losa... ahora estamos condenados.

Nafir no respondió. Sus ojos estaban fijos en el montículo de rocas que ahora bloqueaba la entrada. Algo dentro de él se rompió, pero no tenía tiempo para el pánico. Se giró hacia la mesa, limpiándola frenéticamente.

—La entrada puede esperar. Necesito descifrar esto —dijo Nafir, disponiéndose a seguir su tarea, cuando escuchó:

—¿Es la fórmula, doctor? —murmuró Abdul, con la mirada clavada en los fragmentos.

El polvo aun circundaba los alrededores y ocultaba los jeroglíficos que parecían aprovechar la falta de luz para escabullirse de la mirada penetrante de Nafir, quien trataba de entender su significado. Haciendo acopio de una de las velas, se acercó a la mesa y después de pasar repetidamente su dedo por encima del fragmento, volteó hacia Abdul, negando con la cabeza varias veces.

—Pero... tenemos los fragmentos y los saqué de la tumba —dijo en voz baja Abdul y, mostrando desilusión, preguntó —¿Qué hicimos mal?

—Algo no encaja. Quizás no es el papiro Sermy —dijo Nafir, la desilusión hacía temblar sus labios.

—Necesito los fragmentos que están en la tumba —agregó, sintiéndose impotente.

—Y lo peor es que no podemos entrar —afirmó Abdul, abrumado.

—¡Y se me acaba el tiempo! —exclamó Nafir y, pensando en su hijo, murmuró recriminándose: —¿Por esto lo abandoné?

Tras un momento de desconcierto, Abdul se atrevió a preguntar.

—Entonces... ¿no es la tumba de Amenhotep I?

Al escucharlo, Nafir se llevó ambas manos a la cabeza y exclamó: —¿Por qué no lo pensé antes?! Esta no es una tumba real. No tiene la estructura ni la complejidad de la cámara de un faraón.

Dijo mientras abrazaba a Abdul, quien lo miraba con desconcierto, como si hablara sin sentido.

—¡Es la tumba de Sermy! —exclamó Nafir alzando los brazos.

—El papiro que descubrimos no es el que buscamos —añadió mientras refunfuñaba. — ¡Maldita suerte!

Nafir sintió frustración. Todo su esfuerzo, todos los cálculos... ¿había estado cavando en el lugar equivocado? La furia lo sacudió y lanzó su sombrero al suelo. Respiró hondo. No podía perder tiempo lamentándose.

Abdul preguntó:

—Pero... ¿dónde está el otro?

La pregunta quedó suspendida momentáneamente en el aire, ya que Nafir, recordando sus clases de gramática del Antiguo Egipto, murmuró:

—La escritura en jeroglíficos es muy diferente a la nuestra.

Enseguida acomodó los fragmentos, situando el verbo previamente al sujeto. Luego, centró su atención en aquellos que tenían dibujos de humanos y animales. Debía orientar la lectura correctamente: los jeroglíficos siempre se leen en la dirección opuesta a la que miran las figuras. Una vez que organizó los fragmentos, los leyó de derecha a izquierda:

«Yo, Sermy...perdí... papiro... juego... Senet... Yo... pecado.... lecho... muerte... hierbas... curar...»

Finalmente, transliteró algunos jeroglíficos y dijo en voz alta:

—Yo Sermy perdí el papiro en un juego de Senet. Yo confieso este pecado en mi lecho de muerte.

A Nafir se le heló la sangre. Un torrente de preguntas y posibilidades inesperadas lo sacudió por dentro: ¿Cómo alguien como Sermy, un escriba real, cometió semejante error? O tal vez... ¿había algo más? Una deuda, un chantaje, una desesperación oculta tras esas palabras. La imagen de Sermy, sentado frente al tablero de Senet, moviendo sus fichas con las manos temblorosas mientras se decidía el destino del papiro; se dibujó en su mente.

Miró los fragmentos sobre la mesa con una mezcla de furia y desesperanza. “¿Por qué?” pensó, apretando los puños. La confesión de Sermy no solo era un golpe a su ego, sino también un espejo de la incertidumbre que lo consumía.

Finalmente, cerró los ojos y murmuró para sí mismo: —Sermy apostó su destino... y yo estoy a punto de perder el mío.

Abdul frunció el ceño. —¿Y qué tiene que ver ese juego con el papiro?

Nafir suspiró, como si hablara consigo mismo. —El Senet no era solo un juego, Abdul. Era un ritual, una metáfora de la vida y la muerte. Cada ficha movida, cada casilla ocupada, representaba el alma avanzando en su camino al más allá. Si Sermy apostó el papiro, lo hizo porque estaba jugando algo más que una partida. Estaba apostando su destino.

Abdul tragó saliva, intentando procesar las palabras. —Entonces... ¿perdió el papiro?

—Exacto —dijo Nafir, alzando la vista por un momento.

Abdul no lograba entender la metáfora, así que repitió la pregunta:

—¿Y dónde quedó el papiro?

El doctor parecía no escucharlo, y hablaba consigo mismo:

—Si Sermý no entregó el papiro al faraón, entonces, al morir el otro jugador, lo enterraron con él.

Continuó especulando, murmurando entre dientes:

—O lo escondió por miedo a que lo mataran si lo descubrían.

Abdul, dudando, intervino:

—O quizá nunca existió y sólo es una historia.

—Todo es posible —afirmó Nafir mientras sacaba su cuaderno de notas y le mostraba los nombres de los cuatro papiros medicinales escritos entre los años 1500 y 1300 a. C; el Brugsch, el Hearst, el Smith y el Ebers.

Acto seguido, cerró el cuaderno y retomando la pregunta, respondió:

—Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar.

—Pero disponemos de poco tiempo —señaló Abdul.

—De estos papiros hay que escoger uno y enfocar nuestra búsqueda —propuso Nafir.

Emocionado, Abdul preguntó:

—¿Por cuál comenzamos?

—Entre todos, el papiro Ebers es el más cercano en fecha.

—¿Y cómo lo sabe? —interrogó Abdul.

—Porque está datado alrededor del 1500 a. C, la misma época en que vivieron Sermý y Amenhotep I —respondió Nafir.

Abdul, menos versado en estos asuntos, se relamió su mal cortado bigote, mostrando honda preocupación por lo que escuchaba. Intentaba digerir la información cuando escuchó que Nafir, en tono urgente, declaraba:

—Necesito corroborar esto ya.

Y, con énfasis, exclamó:

— ¡Mi vida también está en juego!

Nafir miró nuevamente los fragmentos con una mezcla de esperanza y miedo. Si su traducción era correcta, la verdad estaba enterrada más profundamente de lo que jamás imaginó, y el tiempo estaba en su contra. Su vida dependía del papiro Sermý, presunto antecesor del papiro Ebers.

El Hijo

Boston - Estados Unidos.

A pesar del bullicio exterior, acentuado por las sirenas de las ambulancias, el interior del hospital emanaba una sensación de vacío. El eco de los pasos resonaba en los pasillos, mientras el aroma a desinfectante impregnaba el aire. Mary Collins, sentada en medio de la única hilera de asientos, sollozaba angustiosamente sin importarle que el rímel escurriera por su rostro. Abrió su bolso y sacó un espejo; fue entonces que lo vio. A sus espaldas, el solitario reloj de pared le hacía compañía. Parecía marcar con su infatigable tic-tac la creciente angustia de Mary, tratando inútilmente de igualar el compás de los latidos de su corazón, que aumentaba su dolor conforme se aceleraba.

Las luces del pasillo parpadeaban de forma irregular, emitiendo un zumbido que interrumpía el silencio de la noche. Otra noche más de espera que acentuaba las líneas de fatiga en su envejecido rostro. Mary llevaba horas sentada, mirando fijamente hacia la puerta, esperando noticias. Estaba por desfallecer, pero cuando vio salir al médico y escuchó voces, se secó rápidamente las lágrimas. La esperanza se reflejó en su semblante. Apurada, se levantó y se acercó a él.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Mary, nerviosa.

—Aún inconsciente —dijo el médico, con voz calmada.

Mary había enfrentado este tipo de angustia anteriormente, cada vez que su intrépido hijo regresaba con heridas de sus temerarias carreras de motocicletas. Pero esta vez, el temor en su estómago era diferente: más profundo, más amenazante. Los médicos habían sido claros, y sus palabras resonaban en su mente como un eco sombrío: si su hijo no emergía del abismo del coma en los próximos días, podrían perderlo para siempre. Regresó a su asiento, abatida, consciente de que no tenía otra alternativa. El miedo se apoderaba de ella con cada día que pasaba. No quería aceptar lo sucedido y, buscando consuelo, recordó con rencor cuando Nafir, su esposo, había decidido aceptar el proyecto de su vida: la búsqueda de la tumba de Amenhotep I. Al principio, había estado de acuerdo y celebró que su esposo tuviera la oportunidad de demostrar sus vastos conocimientos sobre Egipto y sus faraones. Sin embargo, a medida que Nafir avanzaba en su carrera, ella se sentía cada vez más frustrada. Mary acabó sacrificando su propio interés por la milenaria civilización y se refugió en el cuidado de su hijo, abandonando su profesión.

El romance entre Nafir y Mary floreció durante sus años de estudios en filología en la universidad. Nafir obtuvo una beca y se trasladó desde México a Boston, donde sus caminos se cruzaron.

Mary recordó con cariño los días en que, fascinados, compartían sus gustos, pero ahora, veinticinco años después, esos momentos estaban teñidos de nostalgia y conflicto. Una encrucijada emocional la tenía indecisa: por un lado, anhelaba que Nafir tuviera éxito en su búsqueda de la tumba y el papiro Semy; por otro, temía que el logro lo distanciara aún más de ella, tal vez para siempre.

A pesar de la separación, seguía añorando los días felices que pasaron juntos. Recordó con agrado cuando una vez, en el parque de diversiones, Nafir ayudó a su pequeño hijo a construir un barquito de papel. Los tres, emocionados, se acercaron a la orilla del lago, y con sumo cuidado lo pusieron a navegar. La sonrisa no se hizo esperar, su hijo, corriendo por la orilla, se agachaba de vez en vez y le soplabá al barco para que avanzara. Este y otros momentos hacían que Mary siguiera pensando en la posibilidad de regresar. Sin embargo, rápidamente cambiaba de parecer. Aunque a veces lo extrañaba, cada vez que pensaba en todo lo que había sacrificado por él, el resentimiento la inundaba. “¿Cómo puedo perdonarlo?”, se preguntaba, mientras el rostro de su hijo, aún inconsciente, era el único puente entre su pasado y el presente.

El intenso olor a antiséptico la hizo regresar a la realidad. Agobiada por la situación de su hijo y sintiéndose atrapada en una encrucijada, dudaba si enviarle otro telegrama con la mala noticia. Los días pasaban y su angustia y enojo iban de la mano, pues no lograba localizar a Nafir. Cansada, abrió su bolso y buscó entre sus cosas algún estimulante. No quería quedarse dormida.

Justo en ese momento, el médico se acercó y le dijo:
—Mary, Max ha abierto los ojos.

El médico habló, y por un momento Mary no comprendió del todo. Pero cuando las palabras “ha abierto los ojos” llegaron a su conciencia, algo dentro de ella se deshizo. El nudo que había apretado su pecho durante días se aflojó, y las lágrimas que había retenido comenzaron a caer, esta vez no de miedo, sino de alivio.

Emocionada, Mary se levantó y, mientras algunos artículos caían de su bolso, corrió a ver a su hijo Max sin importarle el ruido que produjo su polvera al estrellarse en el reluciente piso de granito.

A más de nueve mil kilómetros de distancia, Nafir estaba fuera de su alcance. En ese momento anhelaba poder tocarlo y expresarle cuán preocupada y confundida se sentía. Sin embargo, permaneció en silencio. Dejó de lado su rencor y la esperanza le devolvió la serenidad. Se prometió a sí misma que lo localizaría para darle la maravillosa noticia:

—¡Max abrió los ojos!

Mary se sentía feliz y deseaba compartir con él su alegría. Su hijo era lo más valioso, y saber que se recuperaría le regresó la ilusión de una vida mejor y, ¿por qué no?, quizás se abriría una puerta hacia la reconciliación. En eso pensaba cuando el médico, amigo de la familia desde hace años, se acercó discretamente a ella, manteniendo la calma mientras la miraba con preocupación, hasta que finalmente le dijo:

—¿Ya lo sabe Nafir?

Al escuchar la pregunta Mary sintió un nudo en el estómago. Sabía lo que el médico iba a decir. Desde hace años, había intentado enterrar ese secreto, convencerse de que no tenía que salir a la luz, de que jamás sería necesario confesarlo. Aunque ya lo esperaba, no se imaginó que sería precisamente ahora que su hijo seguía tendido en la cama, tan frágil, así que contestó secamente:

—No. No se lo he dicho.

—Creo que es momento de que sepa la verdad —dijo el médico.

—Te imaginas lo que Nafir sentiría si Max muriera y...

Mary palideció al repasar mentalmente las veces que había querido decírselo a Nafir. Siempre había tenido una excusa para no hacerlo. Nafir estaba ocupado, Nafir no tenía tiempo, Nafir estaba obsesionado con sus expediciones. Se mordió el labio inferior, intentando contener las lágrimas, y se recordó que había sido por el bien de su familia. Pero en el fondo sabía que no era tan simple.

—Detente, no lo digas —dijo Mary, tapándole la boca apresuradamente.

—Mary, no puedes seguir así —añadió el médico. Sus ojos mostraban honda frustración.

Mary se alejó sin contestar, revelar ese secreto podría cambiarlo todo. Sin embargo, después de reflexionar, se convenció de que era el momento de limpiar su conciencia. Aunque había evitado por todos los medios preocupar a Nafir con sus problemas para no distraerlo de su importante misión, esta vez debía hacerlo a pesar de perderlo para siempre.

Se armaría de valor para decirle: ¡No es tu hijo!

Mientras tanto, en el Valle de los Reyes, Nafir sintió un escalofrío recorrer su espalda. El sueño lo había abandonado poco antes de amanecer. Cada vez que cerraba los ojos el rostro de su hijo aparecía, pero sabía que no podía hacer nada y la desesperación lo atrapaba. Trató de conciliar sus pensamientos, pero a diferencia de otras noches, la voz de Mary resonaba en sus oídos. Aunque no entendía lo que le decía, sentía que ella lo necesitaba. Esto aumentó su preocupación y su insomnio.

Un repentino mareo lo sacudió. Apoyó una mano en la cama, su vista nublándose por un instante. El veneno comenzaba a afectarle. No podía permitirse el lujo de fracasar. No ahora. Su cuerpo se debilitaba, pero su mente se aferraba a dos ideales: su éxito y su hijo.

Fernando Perales